



Director de la colección: Jenaro Talens

Javier Tolentino



Cátedra



Signo e Imagen / Cineastas

Diseño de la colección: Manuel Bonsoms

1.ª edición, 2023

Diseño de cubierta: aderal

Ilustración de cubierta: Fotograma de *Nueve cartas a Berta*,
de Basilio Martín Patino, 1965

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Javier Tolentino, 2023

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 29070-2022

I.S.B.N.: 978-84-376-4551-3

Printed in Spain

La rebeldía siempre se paga

BASILIO MARTÍN PATINO



Basilio Martín Patino en el mítico café Novelty de Salamanca, en un descanso del rodaje de *Octavia* (2002), cortesía de José Luis López Linares, director de fotografía de la película.

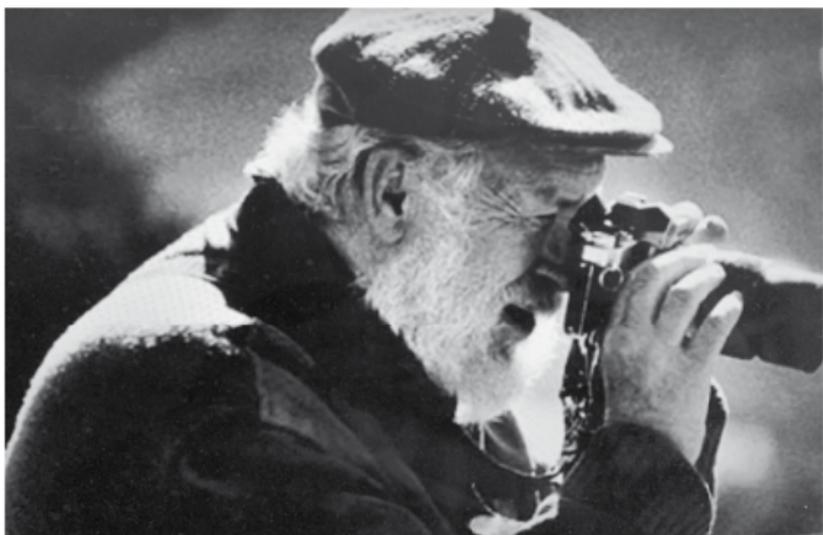
Agradecimientos

A la memoria de Juan Antonio Pérez Millán, sin su afecto, sin su apoyo y, sobre todo, sin su mirada a Basilio Martín Patino no hubiera podido imaginar la mía.

Sin la figura de Pepe Núñez Larraz probablemente jamás me hubiera acercado a este *vicio* de la imagen y de las palabras. Él sabía del «topo» de Caleros, 5 —Joaquín Maurín, Manuel Sánchez y Filiberto Villalobos—, y de aquella celda 14 de la vieja cárcel de La Aldehuela salmantina. También me enseñó composición en la caja de las letras de plomo de su imprenta y en él vi las lágrimas de un hombre al que le despojaban de su librería, librería donde algunos nos acercábamos a los libros prohibidos.

Colaboró con Basilio en algunos de los proyectos que rodó en la ciudad de Salamanca y recurriré a la sencillez del calificativo para recordar que, fundamentalmente, Núñez Larraz es la imagen y el alma de un hombre bueno.

Debo agradecer profundamente el legado que nos ha dejado Basilio Martín Patino, cedido a todos los ciudadanos y ciudadanas a través de sus depositarios como son Filmoteca Española, Filmoteca de Castilla y León y la Fundación Basilio Martín Patino. Y a Pilar Doblado y a Teresa Martín Patino Doblado por las horas y los días, las películas y los



Pepe Núñez Larraz. Foto: Filmoteca de Castilla y León.

libros que han puesto en mis manos y, por supuesto, por su amistad. Vaya también mi recuerdo para Pablo Martín Pascual por la colaboración y el trabajo desarrollado junto a su padre, Basilio Martín Patino. No puedo nombrar a todos los que han dedicado su tiempo, su esfuerzo y su talento escribiendo, investigando y filmando sobre la figura de este realizador salmantino que a punto estuvo de dirigir una de sus películas sobre el rector histórico de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno. Se quedó en las puertas, aunque no debemos olvidar que todo su cine desprende conceptos e ideales del pensador vizcaíno. No puedo por menos de extender mi agradecimiento a Filmoteca Española, a los departamentos de Visionados, Archivo Documental, Biblioteca, Recuperación y Conservación, nombres como Ramón Rubio, Carmen Otero Benet, José Luis Estarrona Manzanares y, por supuesto, exactamente lo mismo para su director, Josetxo Cerdán, al que tengo que reconocer por una larga y exquisita colaboración a lo largo del

tiempo. No puedo olvidar a Luis Fraile, que desde su empresa de distribución cinematográfica, Divisa Home Video, tanto tiempo hemos dedicado a charlar sobre el autor de *Canciones para después de una guerra* y que a la postre ha ido sirviendo para no perder nunca las ganas de escribir sobre el creador de esa figura, *Berta*, la mujer de los paraísos perdidos. Y ahí mi afecto por Charo López, la musa salmantina del cine y del teatro; para Emilio Gutiérrez Caba, que vivió un tiempo muy feliz y muy intenso en la capital charra de los sesenta. A los cinéfilos de Lanzarote, Girona, Bilbao y Valencia que llenaron sus salas —y esa plaza salmantina de Las Carmelitas— para ver *Libre te quiero*, ya en el último suspiro de quien siempre usó la libertad. Y, por supuesto, a Charo García Diego y Janis Lázaro por su colaboración en este libro. A Olga Correas, Olatz y Javier Herrera Astelarra porque, sin ellos, difícilmente, tendría la calma y el tiempo necesarios. Siempre habrá olvidos y espero que ellos o ellas disculpen mi torpeza, pero no querría olvidarme de quienes me fueron aportando experiencias, confidencias y materiales y ahí Macu Vicente, Santi Ochoa, Arantxa Aguirre, Charo Alonso, Óscar Fernández Orengo, José Luis Alcaine, José Luis García Sánchez y José Luis López Linares.

Introducción

No se matan los sueños con la muerte.

ANÍBAL NÚÑEZ

Yo no soy más que un cómico que hago películas para entretenimiento colectivo.

BASILIO MARTÍN PATINO

No quiero escribir solo desde el rigor y desde la razón sobre el hombre que más ha marcado e influido en mi trabajo, tanto periodístico como estrictamente cinematográfico¹. Ya otros lo hicieron —escribir sobre Martín Patino— con una extraordinaria memoria y con un tiempo sin tiempo. Sirvan tan solo estas líneas para contarle muy despacio al lector la forma en la que me ha conmovido su obra cinematográfica. El análisis es estrictamente personal, intuitivo, quizá imaginado, distanciado de encargos puntuales en festivales, muestras o exposiciones. Esta razón es más pequeña, más relacionada con el mundo privado, con el secreto, con el misterio y con la fascinación más que con un saber analítico, histórico o documental.

¹ «Es necesario un mínimo de objetividad para poder hablar de alguien que no sea uno mismo», escribía el pensador rumano Emil Ciorán en sus diarios publicados por Tusquets.



Basilio Martín Patino filmando.
Foto: Fundación Basilio Martín Patino.

Han sido muchas las veces que he compartido viajes, hoteles, coloquios, encuentros, cenas en casa, bares, restaurantes, salas de baile y ciudades con un Basilio Martín Patino que me enseñó que a fuerza de manipular, a base de emocionar y de jugar con las palabras, con los planos, con la realidad, con la imaginación, con la opinión, con lo falso, con lo ridículo, con la estupidez, con las medallas, con la luz, con la moviola y con la filmación puedes encontrarte con los versos, con la poesía y es ahí —y no en otro lado— donde la ficción llega más lejos. Creo, desde la más humilde de las opiniones, que para acercarse al cine de Basilio Martín Patino uno tiene que reencontrarse, sobre todo, con la *razón poética* expresada por María Zambrano².

² María Zambrano definió muy claramente el significado de relacionar la cabeza con el corazón: «La razón poética pretende, de ese modo, aunar dos fenómenos: la revelación de lo originario y la creación poética»

«He intentado desmontar dos mitos, el de la verdad y el de la realidad»³. Gracias a Basilio aprendí el montaje en el cine soviético, tuve noticias de una *Nouvelle vague* cuyas ideas propiciaron las Conversaciones de Salamanca⁴ que, a la larga, tanto influyeron (aunque la mayor parte de sus protagonistas lo nieguen) en un cine español diferente, menos folclórico, cañí y épico.

Hoy hay un buen cine nacional que se plantea temas nuevos, estructuras diferentes y que intenta explorar otras formas de contar, de expresar, de mostrar, pero hay algo que Basilio transmitió casi *genéticamente* a los más jóvenes: la independencia, la rebeldía y una lucha constante para que el director sea quien tenga la última palabra en su obra. Ni la censura política ni la económica, importa filmar y montar de acuerdo a la idea de su autor. Y no solo el estilo, también sobre lo que quieres contar. No deberían construirse proyectos cinematográficos teniendo en cuenta lo que proporcione más puntos en las ayudas administrativas de las instituciones. Ahí Patino (y Pedro Almodóvar)⁵ aprendió —a partir, sobre todo de la película *Desde el amor y otras soledades* (1969)— que o controlabas el proyecto

donde la belleza tiene que ver con la fidelidad a lo originario, porque todo arte es lenguaje, palabra poética. A través de la misma se detiene el tiempo, la raíz del misterio de la trascendencia».

³ Opinión de Basilio Martín Patino manifestada en un coloquio de Canal Sur, después de pasar por el segundo canal de la cadena andaluza uno de los capítulos de *Andalucía, un siglo de fascinación*.

⁴ El primer encuentro del cine español tuvo lugar en mayo de 1955, acudieron todos los cineastas que se situaban en un cine muy diferente al defendido y apoyado por el régimen de la dictadura. Más adelante dedicamos un apartado más extenso a este momento histórico del cine español.

⁵ Pedro Almodóvar y la independencia. Pedro y Agustín Almodóvar fundaron la productora El Deseo precisamente por la misma razón que Basilio, para controlar personal y directamente su obra.

desde el mismo guion y hasta su estreno o quedabas a merced de los intereses de todos.

Basilio se quedó muy solo frente a la industria, al poder, a las cadenas de televisión y al sistema, y fue valiente y coherente; y esa forma de entender el cine y el trabajo se ha convertido en una escuela, en un estilo de relacionarse con el lenguaje. Él lo ha pagado caro, con un cierto ostracismo con *Octavia* (2002) y con el olvido e indiferencia hacia *Libre te quiero* (2012), sin duda la película que completa la coherencia de un cineasta y la evolución íntegra y ética de toda su obra.

Pero Basilio también nos enseñó a entender y amar una ciudad que se tradujo en su metáfora, su desdén y su ideal. Supo situar su cine en la raya, en la frontera, en un lugar alejado de poderes y privilegios, en la ribera de los tres ríos, entre cigüeñas negras y olivos, entre el rumor de la tormenta y el rugido noble y bravo de un toro inconsciente de su suerte.

«¿Quién crees tú que es más desgraciado, ese toro al que le espera la estocada o el maletilla o torerillo al que le espera España?», me preguntó una noche, frente al río Duero, entre las arribes de Pereña y Villarino de los Aires.

Era inagotable el tema de su ciudad de Salamanca. Recuerdo una tarde de verano, en su casa salmantina, ubicada justo enfrente de la hermosa catedral vieja, entre la judería y el jardín de Calixto y Melibea. Hablábamos de su eterno e infinito viaje de ida y vuelta. «Salamanca es una fiel metáfora de la historia de un reino dividido por castas, una ciudad culta, sabia y por la que a través de sus piedras se recorre la historia del pensamiento, del renacimiento, del descubrimiento», me transmitía como si de un cuento persa se tratara.

Nueve cartas a Berta (1966), *Los paraísos perdidos* (1985), *Octavia* (2002), *Espejos en la niebla* (2008) y *Palimpsesto salmantino* (2007) son algunos de los títulos que dan fe de

sus idas y venidas a la ciudad que imaginó, que se inventó y de la que huía al mismo tiempo. Será la villa y corte de Madrid la que le proporcionará el imaginario anonimato, la ilusión y la *razón poética* para construir una libertad que pueda salir de la derrota.

Probablemente el cine de Martín Patino de lo que más habla es de la vida y de la muerte, a partes iguales, para este cineasta salmantino, hay un paso del tiempo que indudablemente es propio de la condición humana, sustraerse.

Pero ¿quién fue Basilio Martín Patino?, ¿qué hizo?, ¿pasará a la historia del séptimo arte?, ¿es necesario saber de él?, ¿es importante conocer su obra? Y, finalmente, ¿por qué siento la necesidad de contársela?

Podremos comenzar por la última de las preguntas. Conocí a Basilio por casualidad, en una ciudad de Salamanca deteriorada por un tiempo infame, gris, llena de solares, de antiguas inundaciones por el arrabal. De gentes con nada en los bolsillos; una ciudad parada, sin inversiones y sin dinero. Derrotada y asustada por quienes años atrás habían vencido, por quienes años atrás organizaron la cruzada para salvar a España, por quienes años atrás llenaron y poblaron cunetas, simas y barrancos de cadáveres. Una ciudad callada, una ciudad oculta que no hablaba, sumida en el silencio, sometida. La policía secreta del régimen vigilaba, escuchaba y delataba. La maquinaria implacable de la dictadura detenía a estudiantes, obreros y retiraba de sus cátedras a profesores y catedráticos que cumplían con el deber de enseñar. Periódicos, imprentas y aulas universitarias eran resquicios por donde, poco a poco, se iba colando la libertad. En ese contexto, en esa ciudad fantasma y clandestina de poetas y escritores escondidos entre las pensiones y casas de las calles Caleros, Plaza de la Reina, Pozo Amarillo, Correhuela, Bermejeros, de la Rúa, Tentenecio y por ahí supe de Enrique de Sena, Luciano G. Egido, Ernesto de Miguel, Francisco Fontenebro, Agustín García Calvo, Carmen Martín Gaité,

Jesús Esperabé de Arteaga y Basilio, Basilio Martín Patino. Recuerdo más nombres y muchas conversaciones y lugares de reuniones y asambleas clandestinas. Yo era un crío interesado por la fotografía, el cine y la literatura rusa. Escuchaba a Núñez Larraz hablar de Venancio Gombau, Miguel de Unamuno, y a Basilio, de las vanguardias cinematográficas, de las películas de Roberto Rossellini y de Jean Luc Godard. Desde luego era otra Salamanca y era la que me interesaba, la que me fascinaba y la que siempre fui buscando, dificultosamente, entre la ciudad del ruido, de la feria y del comercio.

Le debo a Basilio esa mirada, esa insistencia en la libertad y en la búsqueda de la forma. De ahí que, probablemente, esté contestada la última de las preguntas de esta introducción. Escribo sobre la obra de Basilio Martín Patino porque apenas llevaba unos meses poniéndome pantalones largos, cuando supe de otras películas y de otros cines por él. Y no solo de cine, de filosofía y literatura, de vinos y de toros, recordaré reflexiones y conversaciones en paseos por la periferia, por el río, por los barrios del Zurguén y de San José y, naturalmente, por la Clerecía, Plaza Mayor y años después, en nuestros viajes a Canarias, Barcelona, Valencia, Huesca, San Sebastián y en proyecciones y diálogos que he ido teniendo la inmensa suerte de vivir a su lado.

«Recuerda, Javier, que para Borges falsear la verdad es parte de la verdad», recordaba Basilio en un almuerzo de mediodía, en el restaurante de Emma Carta, de la Cava Baja madrileña, mientras en una de las mesas junto a la barra hacía lo propio el escritor, crítico, cineasta y director del Festival de Cine de San Sebastián, Diego Galán.

Y ahora retomemos esas preguntas. ¿Quién fue Basilio Martín Patino? Un cineasta, según el propio Basilio, *my minoritario y marginal*. Curioso y enormemente ávido e inquieto por no seguir el camino trazado por otros. Basilio nació en Lumbrales, en 1930, un pueblecito salmantino

más allá de Vitigudino, junto a la raya de Portugal, centro de operaciones de pueblos y aldeas de El Abadengo y como en la mayoría de los pueblos y aldeas de las Arribes del Duero (Saucelle, Aldeádavila, La Peña y Fuentes de Masueco) en aquellos tiempos, lugares muy alejados de la capital de la provincia, de Salamanca. Sus padres, católicos y conservadores, se dedicaban a la enseñanza. Su hermano José María (1925-2015), sacerdote, fue secretario del cardenal Vicente y Enrique Tarancón y una de sus hermanas, religiosa. Pronto la familia tuvo que trasladarse a la ciudad de Salamanca y ahí comenzó una vida muy diferente para Basilio Martín Patino. Estudió en la universidad salmantina, licenciándose en Filosofía y Letras y desplazándose después a Madrid para estudiar cine y fue en la mítica y legendaria Escuela Oficial de Cine de Madrid donde obtendría el título de director y realizador. Desde la Facultad de Letras de la universidad salmantina fundó y creó, en 1953, el Cine Club Universitario y la revista *Cinema Universitario*. Eran años de obligatoria afiliación al SEU, el Sindicato de Estudiantes Universitarios, desde donde el régimen de Franco controlaba la universidad española, pero a Basilio esa militancia obligatoria no le impidió programar parte del cine interesante que se hacía fuera de España y transmitir las ideas que venían, sobre todo, desde Francia e Italia. El cine negro, la *Nouvelle vague* y el neorrealismo italiano fueron los movimientos y las expresiones cinematográficas que, acabada la segunda guerra mundial, plantearon cambios muy importantes en la estructura narrativa y en el lenguaje fílmicos. Extraordinario lector, Basilio dio sus primeros pasos como escritor, hizo adaptaciones y ejercicios para guion y escribió la novela *Calle Toro, antes Generalísimo* (1954) con la que obtuvo premios y galardones en concursos literarios y, posteriormente, sirvió como texto base o idea inicial del guion de *Nueve cartas a Berta* (1966) que dirigiría años después. Así, aquel niño nacido en la periferia

de la provincia salmantina, en el seno de una familia profundamente religiosa y conservadora se iría transformando —entre las aulas de la antigua universidad y la peculiar escuela madrileña de cine— en un cineasta rebelde, independiente, de ideas libertarias y tremendamente acorralado por el régimen franquista. Sus películas estaban trabadas por la censura, marginadas de las ayudas de la administración y prohibidas y secuestradas por el régimen de la dictadura.

¿Qué hizo? Desde el cineclub de la Universidad de Salamanca, Basilio comenzó a tener cierta notoriedad no solo en el ámbito universitario, programaba, presentaba las películas, invitaba a directores, periodistas, profesores universitarios e incluso a políticos locales a su foro cinematográfico. Y desde ahí comenzó a pensar en una convocatoria nacional del cine. El cine español flotaba, a duras penas, entre las aguas patrióticas y folclóricas del régimen que imponía un arte propagandístico, una censura férrea y un noticiario (NO-DO) como norma obligatoria de proyección antes de cada película. Terrible y difícil funcionamiento para los jóvenes cineastas que aspiraban a hacer otro tipo de cine. La propuesta y la convocatoria de Basilio fueron muy bien recibidas por los compañeros de la Escuela de Cine; sobre todo, por Ricardo Muñoz Suay y Juan Antonio Bardem, que vieron la enorme posibilidad de darle un giro, desde el cine, a las normas que imponía la dictadura. De ahí que para muchos historiadores lo que vino a traducirse en las Conversaciones de Salamanca, se convirtió en la primera bala ideológica de resistencia o disidencia al régimen de Franco, finalmente organizada por el Partido Comunista de España. Basilio Martín Patino ha declarado en varias ocasiones que la idea partió del cineclub universitario de Salamanca pero que la organización y los objetivos se marcaron en Madrid porque el evento excedía sus posibilidades.

Así pues, Patino fue el impulsor de una reunión del cine español, en 1955, que, para los historiadores, cambió o dio un giro importante en la política, en la cultura y en el cine. A partir de este momento comenzó a hablarse del Nuevo Cine Español, se llegó a acuerdos en las ayudas para el cine menos comercial y la censura debería tener otro tipo de flexibilidad para facilitar la creación cinematográfica. Esa opinión no fue compartida por quienes vivieron ese encuentro, incluido el propio Patino, que pensaba que algunos cineastas jóvenes, como Gabriel Velázquez y Chema de la Peña, habían magnificado lo que pasó en Salamanca, en el seno de aquellas reuniones.

Después de sus trabajos de licenciatura y de la realización de varios cortometrajes en los que trabajaron y colaboraron compañeros y amigos del núcleo académico madrileño, Basilio presentó en San Sebastián su primer largometraje, *Nueve cartas a Berta* (1965), considerada la primera película española nacida bajo la influencia de la nueva ola francesa, de las teorías de Bazin, Resnais, Truffaut, Godard y otros compañeros de *Cahiers du Cinema*. Martín Patino irrumpía con su primer largometraje en el Festival de Cine de San Sebastián cosechando las mejores críticas, que hablaban de una modernidad en el relato y en el estilo. Una novedosa estructura que recordaba al cine europeo de ese momento y a ese nuevo cine español que bebía de la atmósfera de renovación de las Conversaciones de Salamanca: producciones de bajo presupuesto, diferentes recursos estilísticos en los planos (cámara en mano, *traveling* montado en los coches, uso de la elipsis y del fuera de campo), un protagonismo muy definido en la edición y en el montaje, una forma distinta de concebir el sonido en el relato, rodajes en escenarios naturales, un desarrollo narrativo no lineal, personajes existencialistas y, sobre todo, un protagonismo del autor, del director, del realizador.

¿Pasará a la historia del séptimo arte? Desde luego que el cine de Basilio Martín Patino ocupa una de las páginas brillantes de la historia del cine y lo saben bien en filmotecas, museos y universidades de numerosos países. Lugares donde han mostrado su cine, su lenguaje y sus principios cinematográficos. Por su carácter y forma de ser, Basilio trabajaba como un alquimista del tiempo. Sin prisa, haciendo acopio de materiales y archivos y explorando el lenguaje desde su juguete favorito: la moviola. Tuvo claro que la libertad y la independencia eran tan importantes para el cine como los recursos estéticos y no solo teorías del pensamiento, de la filosofía o herramientas para la utopía. Ya pudimos ver, con *Nueve cartas a Berta* (1965) —ese profesor que regresaba a la universidad salmantina desde un largo exilio y el padre de Lorenzo Carvajal (Emilio Gutiérrez Caba) a quien le tocó luchar en el bando de la victoria—, cómo Basilio removi6 ese pasado y, con ello, los deseos de censura entre los críticos de la prensa conservadora. Aprendió de lo que era capaz el régimen en la adaptación cervantina de *Rinconete y Cortadillo* (1967), que suspendieron el proyecto en pleno rodaje y extraviaron para siempre todo el material rodado. Fue entonces cuando Martín Patino comenzó a pensar en crear su propia productora, La Linterna Mágica; sobre todo, a partir de las experiencias negativas con el productor en *Del amor y otras soledades* (1969), una película en la que vemos cómo una mujer, la esposa (Lucía Bosé), exigía la separación matrimonial en la España de los sesenta, en la España que miraba a Trento y Franco entraba bajo palio en iglesias y catedrales.

Desde su nueva productora, con su equipo y sus ideas, el director salmantino trabajará mucho tiempo en coleccionar y buscar toda clase de documentos que tuvieran que ver con la guerra civil española y con las formas de matar del ser humano. De esa búsqueda y de esa investigación nacerán películas como *Canciones para después de una guerra* (1971),

Queridísimos verdugos (1973), *Caudillo* (1974), *Retablo de la guerra civil española* (1980), *Reflexiones sobre el Santo Oficio en España* (1982) y *Madrid* (1987).

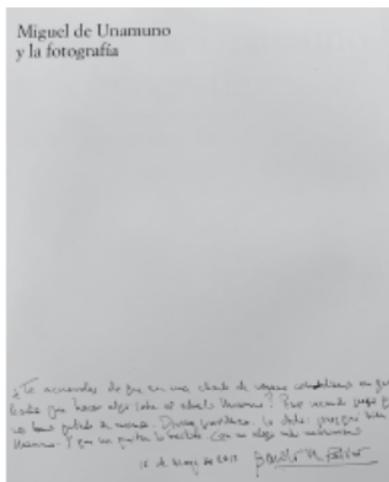
Basilio Martín Patino puso en jaque a la censura franquista que mutilaba sus guiones, le dejaba sin las ayudas y apoyos oficiales y convertía al realizador en un proscrito, haciendo desaparecer sus películas, no dando los permisos para poder estrenarlas y —según la reseña publicada por Manuel Vázquez Montalbán al estrenarse finalmente *Canciones para después de una guerra*— Basilio pudo haber sido fusilado por orden del almirante, del presidente del gobierno de España y llamado a sustituir al general Franco, Luis Carrero Blanco que vio la película y preguntó quién había sido el imbécil que había autorizado tamaña ignominia.

Basilio Martín Patino está en la historia del cine por su talento, por su aportación a la renovación del lenguaje cinematográfico, por su obstinada y ejemplar lucha contra el aparato y la maquinaria de la dictadura y por sus contribuciones al —bien llamado en este caso— nuevo cine español.

¿Es necesario e importante conocer la obra de Basilio Martín Patino? Basilio Martín Patino fue, antes que nada, un intelectual, un pensador, un filósofo y un fino observador de la sociedad de su tiempo. Recibió una educación conservadora, él mismo inició sus estudios en un centro religioso y llegó a vestirse con sotana. Claro que también se vistió de torero, porque —como ya han dicho otros autores— al director salmantino le ha gustado, sobre todo, el juego, quizá para no dejar de ser niño. Jugar para deshacer el dogma, jugar para utilizar y trastear con símbolos y con la vieja verdad. Coleccionista de artilugios, planos, mapas, máquinas, fotografías, cromos, viejas canciones, películas y fotogramas antiguos. Basilio no fue lo que muchos dicen que fue, ni documentalista, ni historiador y mucho menos un cineasta político y militante al estilo de Constantin Costa Gavras o Ken Loach. El autor de *Nueve cartas a Ber-*

ta sabía que la historia pertenecía a juglares y poetas, que un verso de Borges, un poema de Paul Verlaine o un texto de Friedrich Hölderlin se acercarían más a la memoria y a la emoción que un tratado histórico. Basilio buscó siempre la empatía con el espectador, sabía que quien pagaba la entrada debía ser el último guionista, el último montador de sus películas. Creía en la fascinación y la magia de la luz proyectada en la pantalla y no podía permitirse repetir y copiar lo que otros habían hecho. Es importante conocer a Basilio, que las nuevas generaciones de espectadores conozcan su cine porque se encontrarán con un mago y un poeta (un Lumière y un Méliès, al mismo tiempo), fascinar para quizá conocer algo más que una historia de amor. Su pelea y su lucha no eran contra nadie, ni siquiera contra el que se levantó contra la pequeña república de un país que, titubeante, comenzaba a dar sus primeros pasos. Basilio creía en el ser humano y renacía al recordar y reconstruir sus juegos infantiles. Quizá no fuera un patio donde floreciera un limonero pero, probablemente, encinas, toros bravos y caballos —flora y fauna de la dehesa— le mostraron esa libertad: «Lo que natura no da Salamanca no presta».

Por las aulas de la salmantina plaza de Anaya se reunió con mucha gente que dialogaba, estudiaba y debatía sobre cine, poesía y política. Revisaban a una generación de padres y abuelos que habían sentido y creído en el orden feudal del país. Basilio no dejó de creer e investigar en otras formas de organización social, en la búsqueda de la utopía larvada en ateneos y escuelas libres de enseñanza. «Sin la utopía no hay transformación, no hay creación», solía defender Basilio al hablar de la libertad del individuo. Sus aventuras contra la censura franquista las volvió a revivir años después, al sustituirse la dictadura política por la dictadura del mercado. Y Basilio Martín Patino pasó de ser un hombre al que algún franquista hubiera *fusilado de buena gana* a convertirse en un *enfant terrible* para distri-



Miguel Ángel Jaramillo y Alberto Martín Expósito (eds.),
Miguel de Unamuno y la fotografía, Salamanca,
Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2013.

buidoras, instituciones y medios de comunicación que pasaban completamente de un Martín Patino que quizá les obligaba a revisar demasiado sus prejuicios, sus credos y su oficio.

Ocurrió con *Octavia* (2002) que muchos opinaron sin haber visto *Nueve cartas a Berta* (1966) y *Los paraísos perdidos* (1985). Pero Basilio conocía muy bien todo el proceso cinematográfico; sobre todo, de sus dependencias y de sus vetos. Esa comprobable marginación no detuvo su trabajo ni su creación. Y ya al final, cuando se fue apagando, supo que su proyecto, su intención más bien, sobre Miguel de Unamuno no iba a ser posible. Ese diálogo cinematográfico con el vasco llegaba ya demasiado tarde. Así que una tarde apareció en casa, con un libro de fotografías del rector y una dedicatoria:

¿Te acuerdas de que en una charla de verano coincidimos en que había que hacer algo sobre el abuelo Unamu-

no? Pues menudo peso que nos hemos quitado de encima. Divina providencia. Lo dicho: pues que bien Unamuno. Y que nos quiten lo bailado. Con un abrazo más unamuniano.

16 de mayo de 2013
BASILIO MARTÍN PATINO

Definitivamente, el interruptor de Basilio volvió a funcionar por última vez con una intensa crónica poética sobre el estallido de la Puerta del Sol de Madrid, en 2011. *Libre te quiero* (2012), la generación de su hija Teresa, la generación de quienes creyeron que la gestión social y política podría ser de otra manera se abrazaba a las ideas de Agustín García Calvo, Amancio Prada, María Zambrano, Ana María Matute, Carmen Martín Gaité, Antonina Rodrigo, Neus Catalá, Manolo Millares, Jorge Oteiza, José Prats, Manuel Sánchez, Joaquín Maurín y Basilio Martín Patino. Entenderá, querido lector y querida lectora, la imposibilidad de nombrar a quienes aportaron sus ideas y sus actos para construir otra sociedad distinta, diferente.

Un país y una sociedad que Basilio Martín Patino esbozó en trabajos como *Paraísos (Andalucía, un siglo de fascinación, 1994-1996)* y *Espejos en la niebla* (2008) e idealizó con *Libre te quiero* (2012), un hermoso y coherente broche final para una trayectoria y una filmografía que se caracterizaron por hacer frente a lo imposible, a lo diferente.